

Las dos doncellas

La hermosa Nais, la de los rizos rubios
como las aureas mieses, y Melita
la traviesa morena de ojos zarcos,
con lentos pasos la florida orilla
siguen del hondo Alfeo, cualidos grandes
lirios bañados en los rayos de oro
del hijo de Hiperión, que en las azules
ondas del Jonio mar se precipita
y de encendida grana los marmóreos
templos de Olimpia viste. El misterioso
rumor del bosque, donde aúlla lejos,
la jauría de Artémida, impaciente,
o el crujido se escucha de las ramas
que quiebra un fauno al acechar las ninfas
las almas infantiles les oprime
de una dulce congoja que levanta
bajo del niveo peplo, ya abultadas,
las virginales pomas. La inocente
Nais, por quien arde Mirtis en amores,
el bello Mirtis, el zagal más rico
de la florida Arcadia, ayer a Cipria
le sorprendió ofreciendo dos palomas,
y ella, que oculta le escuchó, repite
su oración a Melita: «Diosa (Mirtis
decía) del nevado Olimpo reina;
diosa que en Pafos y en Idalia habitas

y la fecunda Salamina amparas,
¡oh rubia Citerea! que a la rueca
de Onfalia sometiste al invencible
hijo de Alcmena; si en tu altar florido
nunca faltaron mis piadosos dones
entre mirtos y rosas enlazados,
¡oh diosa! haz que propicia Nais me escuche
y con dulces palabras de sus tiernos
labios el fuego de mi amor mitigue”.
Y así, toda turbada, proseguía
la ruborosa virgen: “¡Oh Melita!
¿Es el amor lo que en mis venas corre
como un fuego sutil y me golpea
tan recio al corazón cuando recuerdo
las palabras de Mirtis?” Y Melita
que ya ha notado el agitado ritmo
con que palpita el seno de su amiga;
Melita, que al bizarro Licas ama,
que en Olimpia triunfó con sus corceles
y con quien la unirá dulce himeneo
en las gamelias fiestas, le responde
al oído, besando los dorados
rizos: “Escucha, Nais, al bello Mirtis,
que si no le huyes, con las blandas notas
te hablará de su flauta, y a tu alma
sus acentos sabrán como a tus labios
las dulces mieles que el Himeto guarda.

ENRIQUE FRANÇOIS
